

TEMAS DE TEOLOGÍA

RECEPCIÓN DEL VATICANO II A LOS CINCUENTA AÑOS DE SU APERTURA

Pedro Trigo

HACE CINCUENTA AÑOS EMPEZÓ EL CONCILIO

Para nosotros la celebración de los cincuenta años de la inauguración del Concilio Vaticano II nada tiene de protocolar. Lo celebramos con inmensa alegría y agradecimiento. La causa es, nada menos, que el camino que él alumbró es el que nos ha permitido seguir siendo cristianos. El horizonte que trazó sigue siendo aquel en el que caminamos y los cauces que arbitró nos han posibilitado vivirlo con alegría. Más aún, confesamos que moriremos sin realizarlo a plenitud y que serán precisas muchas generaciones creativas y generosas para que se transforme en cotidianidad en nuestras Iglesias.

Él respondió a nuestras mejores inquietudes y nos despertó muchas otras. Para nosotros el Concilio significó la posibilidad de vivir con coherencia nuestro cristianismo en el corazón de nuestra época o, desde otra perspectiva, significó la posibilidad de seguir siendo cristianos al asumir nuestro compromiso humano en nuestro mundo. Más todavía, significó la exigencia de vivir nuestra época con responsabilidad, y la luz y la fuerza para llevarlo a cabo desde los de abajo.

Este fruto conciliar tan trascendente es lo que significa en el fondo que el concilio quiso ser pastoral y no dogmático. No significa que habló no rigurosamente y que por eso, como no definió dogmas ni condenó a nadie, tiene menos peso y trascendencia que todos los anteriores que sí lo hicieron. En primer lugar, sí promulgó constituciones dogmáticas. Lo pastoral equivale a su resolución de fondo de no condenar a nadie sino de proponer a los seres humanos de su época y de la nuestra también, una buena nueva que pudiera ser aceptada con gozo, a pesar de su exigencia. Dicho en otro lenguaje, porque constituyó un verdadero acto de

Hace cincuenta años empezó el Concilio Vaticano II

tradición, es decir de entrega fiel y creativa del evangelio, no a los intelectuales sino a las mujeres y varones de nuestra época. Por eso, el lenguaje no clerical ni hermético era exigencia de su espíritu. En este sentido este concilio supera a todos los demás, que hablaron el lenguaje de las élites, al contrario de Jesús, que no habló el lenguaje de la academia ni del culto sino el de la vida cotidiana del pueblo.

Si del espíritu pasamos a los contenidos medulares, afirmamos que el concilio significó, en concreto, que el Cristo de nuestra fe fue adquiriendo el rostro concretísimo de Jesús de Nazaret y que el Dios de nuestros padres se fue convirtiendo en el Padre de nuestro Señor Jesucristo y que la Iglesia, identificada en un principio con un espacio sacral y sus personeros, fue dando paso a comunidades vivas y participativas en las que los pobres llevaban la voz cantante. Significó la plena asunción de nuestra autonomía y, por tanto, de nuestra responsabilidad y consiguientemente el compromiso de formar nuestra conciencia y liberar nuestra libertad. Significó que ya no buscábamos salvarnos del mundo ingresando en ese espacio sacral sino que pretendíamos salvarnos en el mundo, en la vida, con los demás, humanizando al mundo desde el paradigma de Jesús de Nazaret y con la fuerza de su Espíritu, que también poseen lo no bautizados.

Podemos sintetizar el aporte del concilio en un doble movimiento: la ida a las raíces cristianas y la inmersión en nuestro mundo y nuestra época. Y hay que decir que ambos movimientos fueron convergentes: en efecto, si nos hubiéramos metido en nuestro tiempo desde otra perspectiva, sólo habría sido una adaptación infecunda, bien a la dirección dominante, bien a alguna de las corrientes que pugnaban por establecer una dirección alternativa. Si hubiéramos ido a las raíces sin el compromiso por la humanización de nuestra época según el paradigma de Jesús, sería un fundamentalismo incapaz de dar vida. La propuesta conciliar fue la encarnación como seguimiento de Jesús de Nazaret, que, siendo de condición divina, se despojó de su rango y se hizo uno de tantos, o, con otra formulación, que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Encarnarse en nuestro mundo, siguiendo a Jesús de Nazaret, consiste en habérnoslas en nuestra época de modo equivalente a como él lo hizo en la suya: desde dentro y desde abajo y para todos, desde el privilegio de los pobres. Sólo la obediencia al Espíritu posibilita esta fidelidad creativa.

Éstas fueron las líneas maestras del Concilio que constituyen también los ejes de nuestra existencia. Cuando decimos nosotros nos referimos a muchísimos cristianos que nacimos en el preconcilio y vivimos el desarrollo conciliar como un acontecimiento del Espíritu y a tantos otros que se levantaron en el postconcilio

desde su mismo espíritu, transmitido por los anteriores. Digamos alguna palabra sobre cada uno de esos ejes para poner de relieve su trascendencia.

EL CRISTO DE NUESTRA FE TOMÓ EL ROSTRO DE JESÚS DE NAZARET

Nosotros éramos, sin duda, cristianos; nuestra fe giraba alrededor de Jesucristo. Él era el resucitado con el que nos conectábamos a través de la oración, de las múltiples devociones y, en primer lugar, de la Eucaristía. Rememorábamos su vida siguiendo el ciclo litúrgico, sobre todo, en los tiempos fuertes de Navidad y Semana Santa. También leíamos vidas de Jesús. Pero, al no ser la Biblia, sobre todo los evangelios, el pan diario en el que nutríamos nuestra fe, desconocíamos en gran medida a Jesús de Nazaret y por eso no teníamos conocimiento pormenorizado del Reino que proclamó y para el que vivió.

El concilio, al centrar la revelación, no en la comunicación de verdades inaccesibles a la razón sino en la autocomunicación de Dios en la historia humana, que culmina en la encarnación de su Hijo, redescubrió que la Biblia, que narra esa historia de Dios con los seres humanos, sobre todo los evangelios, que cuentan desde la luz de la Pascua la historia de Jesús, son la fuente de la vida cristiana. De ellos sacamos el seguimiento de Jesús como la forma primordial de ser cristiano. A partir del seguimiento concreto y situado hemos renovado todos los demás aspectos de nuestra vida cristiana.

Ésta es la buena nueva del concilio, que constituye el horizonte de nuestras vidas y las llena de sentido, a la vez que las espolea, porque, como dijo Pablo a los Filipenses y con mucho más motivo que él, estamos muy lejos de haber alcanzado la meta y no la alcanzaremos nunca porque Jesús, como Hijo único de Dios, nos supera infinitamente en humanidad.

Pero ¿podemos decir que a todos los cristianos se nos ha presentado ese Jesús de Nazaret y que él da el tono a la existencia cristiana en nuestro país y en nuestra región latinoamericana? ¿No tendríamos que decir, por el contrario, que Jesús vuelve a quedar sepultado por doctrinas, prescripciones y ritos y que el Jesús que se presenta no es con frecuencia el de Nazaret sino otro intimista, no sacado de los evangelios, sino el Cristo pietista, sin rostro propio, proyección de nuestras necesidades y deseos? Todavía, a pesar del concilio, los católicos venezolanos somos más personas religiosas que cristianos conscientes y consecuentes. Para la

Hace cincuenta años empezó el Concilio Vaticano II

mayoría todavía Jesús es Dios vestido de cuerpo humano para sufrir por nosotros, no un verdadero ser humano y el ser humano más verdadero y pleno, arquetipo de humanidad, al que contemplamos en los evangelios diariamente para seguirlo cada día. Ir haciéndonos cristianos mediante la contemplación asidua de los evangelios, de manera que el modo de ser de Jesús se nos vaya pegando por connaturalidad y hagamos en nuestra situación lo equivalente de lo que Jesús hizo en la suya, es la tarea impostergable de los cristianos venezolanos, si no queremos andarnos por las ramas.

EL DIOS DE NUESTROS PADRES TOMÓ EL ROSTRO DEL PADRE DE JESÚS

Por Jesús hemos conocido a Dios, que no es el Dios omnipotente y eterno de la liturgia romana sino el Padre de nuestro Señor Jesucristo, un padre con entrañas de madre, un Dios enteramente bueno. No, el Dios de los dioses y el Señor de los señores, el que corona las jerarquías sociales trascendiéndolas, que era la imagen que cultivaba aquella parte de la institución eclesiástica que se entendía como poder sagrado (textualmente jerarquía), sino el que da vida a los muertos y llama a la existencia a lo que no existe, el que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda su lluvia sobre justos y pecadores, el que no se puede componer con el dinero, porque no se puede servir a dos señores. Un Dios alejado del rigorismo moral que nos inculcaron, pero que reclama una radicalidad mucho más exigente: ponerse en sus manos y no en las del poder o del dinero ni en las propias manos, y entregarse a su designio, en vez de pedirle ayuda para hacer el nuestro.

Este Padre de nuestro Señor Jesucristo es el que redescubrió el concilio a la luz de la Palabra de Dios, sobre todo de los evangelios, y nos lo entregó como fuente de vida verdadera. Por eso el concilio se propuso no condenar a nadie sino aplicar a todos la medicina de la misericordia, porque, como dijo, Pablo VI en la sesión de clausura, la religión del concilio es la caridad.

Este Dios es una buena nueva inagotable. En este Dios se puede confiar porque es enteramente bueno. No en el omnipotente y eterno que nos enseñaron, porque ¿cómo saber si ese poder infinito será propicio para nosotros? Con ese Dios sólo cabe agachar la cabeza para que nos considere súbditos suyos y nos favorezca. Sin embargo, el Padre de nuestro Señor Jesucristo es únicamente amor, sólo tiene, pues, el poder que cabe en el amor infinito. No tiene, pues, poder para imponerse

sobre nadie ni para matar. Nos acepta incondicionalmente, pero, como amor que es, no cede a nuestros caprichos porque sólo quiere nuestro bien.

Pero ¿resulta tan palpable que ése es el Dios que transmitimos los cristianos, el que propone hoy la mayoría de la institución eclesiástica con sus palabras y con su vida? ¿No lo hemos empequeñecido a la medida de nuestros intereses institucionales y de nuestros traumas? ¿No sigue siendo verdad esa observación del concilio de que bastantes ateos rechazan al dios falso que les hemos presentado los cristianos? ¿No es cierto que seguimos sacando nuestra idea de Dios más de catecismos y rituales que de la contemplación del evangelio? Sólo el Dios de Jesucristo es buena nueva. Urge desandar caminos, encontrarnos con él y comunicarlo para que el mundo crea y encuentre la paz.

LA IGLESIA, QUE IDENTIFICÁBAMOS CON EL ESPACIO SACRAL Y SUS MINISTROS, PASAMOS A SER NOSOTROS, EL PUEBLO DE DIOS

Jesús, el Jesús redescubierto por el concilio, nos llevó a redescubrir la Iglesia como ese grupo de discípulos, reunidos por el Maestro y cuya única posibilidad de unión estribaba en que la condición de discípulos y condiscípulos llevara la voz cantante y modulara las peculiaridades de cada uno para que contribuyeran al bien del conjunto. El Maestro los había convocado porque sólo una fraternidad puede ser la portadora de una propuesta de fraternidad. Si, en definitiva, la misión de Jesús consistía en reunir en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos, tendencialmente a todos los seres humanos, la fraternidad no podía ser particularizante, por ejemplo, en torno a doctrinas, prácticas y ritos, sino en torno al vínculo trascendente del propio Jesús y de su Espíritu. Todo lo demás (Pedro, Pablo, Apolo) es para ustedes, pero ustedes son de Cristo y Cristo de Dios (1Cor 3,21-23).

La Iglesia que antecedió al Vaticano II había absolutizado a la jerarquía. En el esquema que había compuesto la curia romana sobre la Iglesia, la identificaba con la jerarquía. Recuérdese que a principios de siglo Pío X había afirmado que el laico en la Iglesia sólo tenía el derecho de ser guiado por sus pastores. El esquema de la curia fue desechado y en su lugar se puso como sujeto de la Iglesia al pueblo de Dios, en el que conviven fraternalmente las diversas vocaciones. Lo propio del pueblo de Dios es llevarnos mutuamente en nuestra fe, en nuestro amor fraterno y en nuestra vida cristiana. Luego vienen los servicios y carismas, importantísimos, siempre que se llevan a cabo de ese modo fraterno y horizontal.

Hace cincuenta años empezó el Concilio Vaticano II

En estas comunidades nos iniciamos y en estas comunidades vivimos. Y estamos muy agradecidos por las hermanas y hermanos del pueblo pobre que nos han enriquecido con su pobreza. Por eso, en el seno de este pueblo creyente y oprimido vivimos con alegría nuestro ser cristiano.

Pero no pocas de nuestras Iglesias ¿tienen, en verdad, la figura de comunidades de discípulos que se enseñan mutuamente, que se ayudan unos a otros, que se edifican, que se soportan, que se estimulan, que se corrigen, en definitiva, que se aman como hermanas y hermanos en Cristo? ¿No parecería, por el contrario, que cada día las Iglesias concretas tienen menos la figura de comunidades y que las comunidades son menos deliberantes porque nuevamente la mayoría de la institución eclesiástica, respaldada por el derecho canónico, piensa que ella es propiamente la Iglesia y que los demás sólo tienen el derecho de ser apacentados por sus pastores? ¿No son, no pocas veces, los curas el principal obstáculo para que se desarrollen comunidades cristianas, es decir, fraternidades evangélicas directas y abiertas? ¿No urge en este punto una reforma a fondo? Pero ¿vendrá esa reforma si no confluimos todos en torno a Jesús de Nazaret, personalmente encontrado y seguido?

DE LA OBEDIENCIA NO DELIBERANTE A LA AUTORIDAD, AL DERECHO Y DEBER DE SEGUIR EL DICTADO DE LA PRO- PIA CONCIENCIA

La declaración sobre libertad religiosa, que comienza significativamente hablando de la dignidad humana, no fue fácil de aprobar. Era notorio que la institución eclesiástica se había opuesto reiterada y tajantemente a las libertades modernas y había recalcado la obediencia no deliberante a las autoridades, actitud incompatible con la genuina democracia. Más todavía, en la Iglesia no había democracia porque se había identificado con los regímenes absolutistas, no porque, como acabamos de decir, el cristianismo pide ir mucho más allá, ir a una fraternidad sagrada, escatológica, verdadera vida eterna ya en esta vida. Por eso el concilio tuvo la gallardía de reconocer que ese fermento evangélico, que alentó a la humanidad, no siempre tuvo cabida en la Iglesia y que sólo lo llegó a ver cuando los tiempos estuvieron maduros por la obediencia al Espíritu de muchos que no pertenecían a la Iglesia y de un grupo significativo, aunque minoritario, de cristianos. La Iglesia aparecía, pues, no sólo como madre y maestra, sino como receptora humilde de las riquezas de la humanidad.

Por eso, en contra de su postura doctrinaria de que sólo la verdad tiene derechos, proclama que también la conciencia invenciblemente errónea tiene la obligación de seguir sus dictados porque la conciencia es la última instancia para cada ser humano. Por eso también, la obligación de formarla, no sólo por la investigación propia sino por el diálogo con los demás y en concreto, como aporte específico de la Iglesia, por la vida de Jesús, parámetro escatológico, definitivo, insuperable, de humanidad.

Esta manera de entender al ser humano, que desarrolla la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, nos posibilita vivir con íntima coherencia este sentido de la dignidad humana, que, como insistió la misma Constitución, es una de las mayores riquezas que cultiva nuestra época, no sin grandes contradicciones, y a la vez uno de los signos más dicentes del paso de Dios por este mundo.

Pero, ¿podemos decir con verdad que los derechos de la conciencia se respetan, más aún, se cultivan con un respeto exquisito en nuestra Iglesia y que se exponen en ella como una señal de la libertad de las hijas e hijos de Dios que nos regaló Jesús? Entre la apelación a la propia subjetividad, a lo que le parece a cada uno, que no equivale a la propia conciencia, que es una característica muy propia de nuestro ambiente signado por el individualismo, y la conminación de la autoridad a acatar sus dictados para no sufrir una sanción, apenas queda espacio para el cultivo exigente de la propia conciencia, situada ante la insobornable presencia de Dios para decidir con una libertad liberada. En nuestra situación política este camino es ineludible.

DE SALVARSE DEL MUNDO A SALVARSE CON TODOS DESDE LOS POBRES

Pero tal vez el giro que puede sintetizar todo lo dicho es el paso del axioma *fuera de la Iglesia no hay salvación*, a este otro: *fuera de la humanidad no hay salvación*, o, en su versión latinoamericana, mucho más exigente y evangélica, *fuera de los pobres no hay salvación*. De considerar que el mundo estaba perdido y que sólo se salvaban los que se subían a la barca de Pedro, a declarar que toda la humanidad va en un solo barco y que en él va el Hijo de Dios y su Espíritu, que han echado la suerte con la humanidad, de modo que, si la humanidad naufraga, también se pierden ellos. De salvarse un resto de entre la masa condenada, al compromiso absoluto porque toda la humanidad llegue a puerto.

Hace cincuenta años empezó el Concilio Vaticano II

Esa solidaridad de la Iglesia con toda la humanidad, consecuencia de la solidaridad absoluta de Dios con ella, es la buena nueva del concilio para el mundo. En ella se encierra todo. Pero esta solidaridad exige dos cosas: la primera es el compromiso absoluto con las personas y las relaciones que establecen, pero la segunda, no adaptarse al orden establecido. El adaptado se reduce a mero miembro de los conjuntos de los que participa, que juega el juego establecido para su ganancia privada. El adaptado no puede ser solidario. Si el cristiano se adapta, es la sal que ha perdido el sabor y no sirve para nada.

El mayor signo de trascendencia es la solidaridad con los pobres y desde ellos con todos. Ésa fue la opción de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza.

Este sentido de encarnación, de responsabilidad con nuestros contemporáneos, sentidos como hermanos, y con la historia, nos ha permitido resistir al corporativismo, que marca las organizaciones que se dejan configurar por la propuesta vigente, y superar el individualismo ambiental. Por eso la opción cristiana por los pobres, consecuencia de la opción de Dios por ellos, y por eso no sectaria, no como mera vuelta a la tortilla, sino como único camino de universalidad concreta, es el único camino de humanidad cualitativa y de comunión con Jesucristo (Mt 25,40).

Pero, ¿no es cierto que el modo organizacional de gran parte de nuestra Iglesia busca salvar a sus adherentes del mundo, llevándolos a vivir en enclaves de sentido (eso son muchos de los nuevos movimientos) que les compense del sinsentido ambiental? ¿Es tan claro para nuestros contemporáneos que los cristianos y sus organizaciones estamos a su servicio gratuito, que pueden contar con nosotros sin que les cobremos ningún peaje? Más en concreto, los pobres ¿nos perciben como suyos, es decir, con ellos, de ellos y para ellos? ¿Llegan a tener con nosotros esa confianza que tuvieron con Jesús? ¿Llegan a disponer de nosotros como disponían de Jesús, sienten que les hemos dado el derecho sobre nosotros como se lo dio Jesús?

AÚN ES TIEMPO

Podríamos mencionar muchos otros aportes. Lo dicho basta para comprender por qué comenzamos afirmando que esta fecha es para nosotros motivo de honda celebración que nos llena de alegría y agradecimiento.

También lo dicho hace ver nuestra preocupación y dolor. Hoy nuestra Iglesia está en crisis, no sólo de membrecía sino, sobre todo, de significatividad. ¿No

tendríamos que decir que en gran medida se debe a la falta de coraje por parte de no pocos responsables para llevar a la práctica el concilio y más profundamente a la ceguera de no ver la salvación que entrañan estos aportes? ¿No podríamos afirmar que muchos de los que han dejado de ser cristianos son precisamente los que no han hecho ese recorrido? ¿Y no habría que repetir con Pablo que cómo iban a creer en estas propuestas si nadie se las ha proclamado?

Pero aún es tiempo. La novedad es tan grande, había que desandar tanto camino para llegar nuevamente a la raíz evangélica y al compromiso solidario con nuestros contemporáneos, que es comprensible, aunque doloroso y aun trágico, que todavía no se haya respondido a esa interpelación de Dios, a ese verdadero Pentecostés, que fue el concilio. Que fue y sigue siendo.



*El ITER es un instituto autónomo eclesiástico,
que está agregado a la Facultad de Teología de la UPS,
Universidad Pontificia Salesiana de Roma*

Títulos eclesiásticos expedidos por la UPS, Universidad Pontificia Salesiana, de Roma

Se ofrecen las siguientes opciones de carreras con los correspondientes títulos, válidos en el foro eclesiástico.

1. Bachillerato:

- *En Filosofía*
- *En Teología*

2. Programa de Estudios Avanzados en Teología

3. Licenciatura:

En Teología, tras dos años ulteriores de especialización, también de tres días semanales, martes, miércoles y jueves, con tres alternativas a elegir:

- *En Teología Pastoral.*
- *En Teología Espiritual.*
- *En Teología Bíblica-Pastoral.*
- *En Teología Fundamental.*

Para la validez eclesiástica se exige siempre por parte de la CEC, Congregación para la Educación Católica de la Santa Sede, los estudios teológicos de Bachillerato, realizados en el ITER o en otra institución eclesiástica que otorgue los mismos títulos de Bachillerato.

Para mayor información dirigirse a ITER- Instituto de Teología para Religiosos, 3ª Avenida con 6ª Transversal (E. Benaim Pinto) Altamira. Apartado de Correos 68865 Caracas 1061-A. O llamar a los teléfonos (0212) 261.8584. Fax (0212) 2650505. E-mail: contacto@iter-ups.org